

La Primavera
de Giuseppe
Arcimboldo

Museo Real Academia
de Bellas Artes de San
Fernando (c/ Alcalá,
13. Madrid)
Por Ana González





La primera noticia que se tiene de esta obra es la que aparece en el Catálogo de la Academia en 1884 bajo la descripción: “La Primavera. Diversidad de flores colocadas de modo que simulan en conjunto una cabeza humana”.

Según Lomazzo, esta obra forma parte de las denominadas “cabezas compuestas” pertenecientes a la serie de *Las Estaciones* y la relaciona con la primera serie de tablas realizada por Arcimboldo en 1563 a su llegada a la corte del emperador Fernando I –primero en Viena y después en Praga –, en la que estuvo hasta la muerte de Rodolfo II, momento que regresó a Milán.

Son muchas las interpretaciones a esta serie de obras de Arcimboldo. La más difundida es la que trata de ver en estas pinturas una propaganda política, una exaltación de la Casa Imperial de los Habsburgo. Algunos historiadores aseguran que muchas de estas obras eran destinadas a otras cortes como “regalos familiares”, queriendo resaltar con ellas el símbolo del poder de los Habsburgo y su “Buen Gobierno”. Se recoge así la idea renacentista de la magnificencia del emperador, que gobierna sobre las estaciones del año y los elementos —que simbolizan el orden eterno de la Naturaleza—.



Arcimboldo consideraba
el mundo como una
unidad simbolizada en la
armonía de sus cuadros
compuestos por
infinidad de elementos.





Giuseppe Arcimboldo nace en una época de transición entre el Renacimiento y el Manierismo.

El padre Gregorio Comanini, explicó que el pintor había formulado “la concordanza musicale nei colore” una serie de correlaciones proporcionales entre el tono musical y las mezclas de blanco y negro con cada color. Y Vasari aseguraba que era el pintor más original, cuya concepción del arte aparecía en radical desacuerdo con los conceptos generalmente admitidos y arraigados.



Henry Howard explicaba en 1848 que estas manchas de color *cuando se ven a suficiente distancia llegan al ojo mezcladas, donde, adquieren el tono y el efecto de la Naturaleza, y ganan en brillo desde su tosquedad.*



Este tipo de pinturas gozó de una enorme popularidad entre los cortesanos, siendo tratadas como una especie de acertijos.

Las pinturas de Arcimboldo eran, en parte, una especie de broma, caricatura, decoración o adivinanza, pero, al mismo tiempo, también un intento de crear algo hermoso por ser extraordinario, singular y misterioso.





Desde un punto de vista técnico y estético la pintura muestra una versión de la primavera representada por un rostro joven, de perfil, que inicia una ligera sonrisa, compuesto por flores de todas clases. Cada una de las formas está pintada con especial detallismo y carácter minucioso que otorgan a la obra un sentido naturalista, creando la ilusión de las diferentes partes que componen la cabeza y el torso. Se utiliza una corona de flores multicolor para el cabello; las flores con tonalidades blancas y rosas, representan la piel; la nariz, está constituida por un capullo de azucena; la oreja, es un tulipán; mientras que los ojos están formados por dos belladonas y su flor. El cuello está construido a base de flores blancas, como si fuera una gola (adorno de tela blanca, tul o encaje que se ponía alrededor del cuello, formando pliegues) y el torso está configurado por plantas verdes que representan las vestiduras. Todo ello contribuye a crear una estructura alegórica del origen político y espiritual del Imperio conforme a una cosmología medieval.

El marco del cuadro es el denominado “antiguo rizado a la holandesa”. Está fechado hacia 1600 y fue una donación a la Academia realizada en 2003 por Simois, S.L.

